



Anales del Instituto de Investigaciones
Estéticas

ISSN: 0185-1276

iieanales@gmail.com

Instituto de Investigaciones Estéticas
México

Torre VILLAR, Ernesto de la
Un tesoro de la poesía novohispana
Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, vol. XX, núm. 73, otoño, 1998, pp. 193-207
Instituto de Investigaciones Estéticas
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=36907308>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM

Un tesoro de la poesía novohispana

ES RARO Y DESCONOCIDO el libro impreso por el notable tipógrafo Pedro Balli el año de 1600 y titulado: *Relación historiada de las exequias funerales de la Magestad del Rey D. Philippo II Nuestro Señor, hechas por el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición desta Nueva España y sus provincias e islas Philipinas, asistiendo sólo el licenciado don Alonso de Peralta, Inquisidor Apostólico, y dirigida a su persona por el doctor Dionysio de Ribera Flores, Canónigo de la Metropolitana desta ciudad y consultor del Santo Oficio de la Inquisición de México. Donde trata de las virtudes esclarecidas de su Magestad y tránsito felicísimo: declarando las figuras, letras, hieroglíficos, empresas y divisas que en el túmulo se pusieron, como persona que lo adornó y compuso, con la invención y traza del aparato suntuoso con que se vistió desde su primera planta hasta su fenecimiento.*

Su autor fue el erudito canónigo y predicador Dionysio de Ribera y Flores, eficaz colaborador del inquisidor Peralta, quien, una vez realizadas las exequias y levantado el túmulo, se dio a la tarea de describirlas en prosa docetísima, apostillada con citas de las Sagradas Escrituras, de los padres y doctores de la Iglesia y de enorme colección de obras históricas y literarias del mundo clásico.

La noticia de la muerte de Felipe II, El Rey Prudente, ocurrida en el Palacio y monasterio de El Escorial el 13 de septiembre de 1598, llegó a Nueva España a finales del año. El virrey don Gaspar de Zúñiga y Acevedo decretó el duelo y las autoridades civiles y eclesiásticas, le expresaron en sentidos y

rigurosos pésames su dolor. Como la mitra mexicana estaba vacante, el inquisidor Peralta se arrogó la función funeral y dispuso que solemnes exequias se celebraran en la capilla del tribunal y el túmulo se levantara en el recién concluido templo de Santo Domingo.

Ésta era la segunda vez que Nueva España lloraba la desaparición de sus monarcas. El año de 1559, bajo la administración de don Luis de Velasco y en el local del Convento de San Francisco se levantó el *Túmulo imperial* en el que intervino el poeta e historiador don Francisco Cervantes de Salazar, autor de varios de los poemas que ahí se colocaron. Fue autor del túmulo el arquitecto Claudio de Arciniega. Cervantes de Salazar dejaría como recuerdo de esas primeras exequias su obra, *Túmulo imperial*, editada por el magnífico impresor Antonio de Espinosa.

Las exequias de Felipe II que se celebraron hacia el mes de abril de 1599 fueron solemnísimas. El Tribunal se vistió de luto y en su capilla cubierta de negras vestiduras, que contrastaban con ricos candeleros y ramilletes de plata y cientos de ceras que ardían por el alma del difunto, se efectuó un novenario de misas y responsos. Al término del novenario, se realizó solemne funeral en el frontero templo de Santo Domingo al que asistieron religiosos y civiles y el pueblo entero.

Levantóse en el templo de los dominicos enorme y grandioso túmulo ideado por el arquitecto y relojero Alonso de Arias, artista proteico de enorme inventiva. Le auxilió en el aspecto pictórico y escultórico Andrés de la Concha, autor de magníficos retablos en Nueva España, y también artistas poco conocidos hasta ahora como Requeña, Vázquez, Rúa, Prado y Franco.

El túmulo fue imponente. Lo constituían varios cuerpos llenos de airoas columnas, estípites, cornisas, roleos y esferas, estatuas y pinturas con gran cantidad de poemas, en honor y gloria del desaparecido monarca. Sesenta y cinco poemas: sonetos, canciones, octavas, liras, de cerca de una docena de poetas entre los que sobresalen Bernardo de la Vega, canónigo de Tucumán; Mateo Rosas de Oquendo, que fue secretario del marqués de Cañete y que fue estudiado tanto por Alfonso Méndez Plancarte como por Alfonso Reyes; fray Luis Vadillo, don Francisco de Solís, Lorenzo de Herrera, Antonio Brambila de Arriaga, Rodrigo Dávila, el doctor Jerónimo de Herrera y varios miembros de la Compañía de Jesús.

Fue el canónigo Dionysio de Ribera y Flores quien convocó a este puñado de rapsodas para componer los diversos poemas que ornaban el túmulo, acompañando las preciosas figuras emblemáticas que representaban el temor,

el espanto, el sentimiento y el llanto, el genio y el entendimiento, el deseo y el pensamiento, y otras más alusivas a las virtudes y calidades del monarca difunto. Miles de ceras, blandones, ricas telas, listones y cintas luctuosas ornaban el inmenso y grandioso túmulo levantado por iniciativa del canónigo Ribera, el cual permaneció expuesto más de un mes para que lo viera el pueblo entero de México y recordara la magnificencia de su soberano desaparecido. Este túmulo sobrepasó en magnitud el sobrio y clásico de Carlos V. El barroco ostentoso, escenográfico y monumental se hizo presente en estas doloridas exequias. Monumento efímero, como lo fueron también los arcos de triunfo que se levantaron a la entrada de varios virreyes, fue, en ese final de siglo, motivo de deleitable meditación para la sociedad novohispana que, luego de llorar a su rey, tuvo que proclamar en medio de gran júbilo el advenimiento del nuevo monarca, Felipe III.

Ante monumento tan soberbio, muestra de la grandeza del monarca difunto, desfiló la sociedad novohispana: el virrey, los oidores y altos funcionarios del gobierno, el inquisidor apostólico, los inquisidores, los miembros del cabildo de la catedral que mantenía sede vacante, los miembros de las órdenes religiosas y de la Real y Pontificia Universidad, cofradías y demás institutos civiles y eclesiásticos; luego vendría el pueblo de los pobres, los indios y castas, asombrados de tanto esplendor.

Concluidas las exequias y ante la inminente partida del inquisidor Peralta, a quien se llamaba a ocupar otro puesto, su auxiliar el canónigo Ribera Flores se dedicó a escribir, pormenorizada y con todo detalle, la memoria de los funerales desde el día de la recepción de la infausta noticia de la muerte del catolicísimo monarca. Día tras día, con una riqueza de memoria que asombra, describió los sucesos: el luto declarado por el virrey, el pésame que se le dio y el luto en palacio; el desfile de los inquisidores en una cabalgata con rigurosas vestiduras y cubiertos de lobs; el novenario de misas y el solemnisimo funeral ante el precioso y deslumbrante túmulo.

Dotado de apabullante formación humanística clásica obtenida en la Universidad, de recios conocimientos teológicos, escriturarios e históricos y haciendo gala de citas de cientos de obras, que ya no se encuentran en los anaques de nuestras bibliotecas, don Dionysio de Ribera Flores pasó más de seis meses redactando la memoria razonada de los funerales. Una vez terminada, obtenida la licencia eclesiástica y la autorización del virrey, con grandes prisas se entregó a Pedro Balli para su impresión. La prisa que Balli tuvo para imprimirla hizo que la tipografía no fuera esmerada, la corrección

de pruebas defectuosa y que el libro no tuviera la dignidad y elegancia que convenía. Apareció en muy contados ejemplares a principios de la nueva centuria, en el año de 1600, a tal grado que es un libro raro, pues no se encuentra sino en muy pocas colecciones.

A más del alto contenido que para el arte y las letras novohispanas tiene este libro, y de ahí su importancia para la cultura, esta memoria importa porque en ella don Dionysio escribió la historia más precisa y documentada del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, con la nómina más circunstanciada de los inquisidores apostólicos, terminando con Peralta; de los funcionarios todos del tribunal, de los comisarios y familiares del tribunal. Reseña con todo detalle los autos de fe celebrados, nombre y culpas de los reos enjuiciados y también hace una amplia relación del ritual inquisitorial, de los signos utilizados, su origen y finalidades. En suma, es una completa información en torno de los procedimientos de ese órgano de control social que el Estado español estableció en estas latitudes para evitar cualquier escisión religiosa que originara una escisión política, preocupación esencial que rigió la prudencia de Felipe II.

Pues bien, en este desconocido libro, encontramos un cofre de joyas, unas mejores que otras, de joyas poéticas desconocidas totalmente y que deben servir para valorar a conciencia el no escaso mérito de la poesía novohispana. Los poemas que presentamos a continuación son unos cuantos de los que en este libro se encierran. Son, como es natural dado el motivo que los originó, poemas de circunstancias, limitados por su misma naturaleza. Los ofrecemos para que pueda ser aquilatado su valor, para que se investiguen los datos esenciales de sus autores y se sitúe esa poesía a finales del siglo xvi, con todas las posibles influencias literarias que tuvieron. También importa la memoria descrita porque a través de ella se han de analizar las versiones castellanas de la poesía de Horacio, Virgilio y Ovidio, señal de conocimiento y cultivo de la obra de los latinos, bien conocidos por nuestros humanistas de finales de la decimosexta centuria.

Entre los sesenta poemas que figuraron en el túmulo, tenemos diez octavas, diez canciones, veintiséis sonetos, que fueron los más numerosos; un terceto, un quinteto, una lira, un cuarteto, cinco “versos castellanos”, una redondilla y ocho composiciones en versos varios.

La que aparece registrada en el libro del canónigo Dionysio de Ribera Flores es una poesía de circunstancias. Es poesía de duelo, triste, con aire de endecha, no lírica y abierta a la alegría, al gozo, al amor. Es poesía dolorida

que tristemente elogia las virtudes y grandezas del Rey Prudente. La exaltación gloriosa del monarca está contenida por la tristeza, la añoranza del gran rey fallecido. Por ser poesía dolorida y circunstancial tiene sus limitaciones.

Pese a ello se manifiesta en sus versos el estro poético de sus autores en muy diversas formas. Adopta y adapta las formas clásicas de la canción, del soneto y de las octavas, y con ellas construye un edificio sólido, digno de respeto y atención nada deleznable.

Son estos abundantes poemas los más que se reunieron para ocasiones semejantes, que fueron pocas. Recuérdese que para el *Túmulo imperial*, levantado en ocasión de las exequias de Carlos V, fueron escasas las aportaciones, entre las que sobresalieron los textos de Francisco Cervantes de Salazar. En los funerales del hijo del emperador, de Felipe II, hubo mayor número de poetas, más despliegue de bardos y de formas poéticas, de hallazgos. Los ecos de la poesía española llegaban a nosotros y enriquecían la inspiración de los poetas novohispanos. Algunas voces de Garcilaso, de fray Luis de León, de san Juan de la Cruz y de Jorge Manrique recordamos, al repasar las varias decenas de poemas que se inscribieron y leyeron en el barroco túmulo elevado a la gloriosa memoria del catolicísimo rey don Felipe II. No observamos en este poemario ni repetición total ni imitación servil, sino logros reveladores de inspiraciones particulares, locales y auténticas, apoyadas en los sistemas, modos, alegorías y emblemas de allende el mar. Aparecen ya las menciones a elementos nacionales y un embrión nacionalista muy estimable.

Si bien suena a réquiem, esta poesía no tiene la gravedad del dolor tremebundo que se observa en las letras europeas, sino la música que brota de alguien que canta las virtudes del ser perdido. Lleva un melodioso canturreo que a través de imágenes muy variadas exalta la memoria del rey difunto.

He separado del fatigoso libro de Dionysio de Ribera Flores, *Relación historiada de las exequias funerales de la Majestad del Rey don Felipe II*, todo este material que ofrezco al conocimiento de quienes se ocupan de la poesía cultivada a finales de la decimosexta centuria en la Nueva España. Algunos poemas podrán ser calificados de sobresalientes, otros de medianos y algunos desechados, pero en todo desarrollo poético tenemos que encontrar una producción variada, aun de calidad.

En un rápido y primer regusto de esta poesía, hallamos logros sobresalientes que animan a una valoración más rigurosa de esta rica parcela. Así

notamos los siguientes versos y poemas.

La "Canción" de don Lorenzo de Herrera que empieza así: "Suene mi triste canto...", y el final de otra canción anónima: "...mas en dichosa suerte de holganza / sin tenor de mudanza / libre del tiempo, golfo y de enemigo / teniendo el bien conmigo / seguro, alegre y siempre venturoso / moro, vivo, descanso en el reposo". O estos versos de otra "Canción": "...en divina centella / inflamado del rayo glorioso / contempla el sol hermoso / en descansados gustos de alegría / viendo el eterno día, / a quien ni el luto, ni el temor asombra / ni el cerco toca de la oscura sombra", y también la última parte de esta "Octava": "Que aunque suceda a muerte el sentimiento, no sigue al alma, que en divina alteza / ajena vive de suspiro y lloro, / ilustrada entre bellas luces de oro."

También el primer cuarteto de este "Soneto", tal vez de Antonio de Brambila: "Soy de Philipo el raro entendimiento / nací, cuando nació; crecí creciendo / la edad cuando rigió, regí trayendo / gloria a la paz, honor al vencimiento."

Y en este de Rodrigo Dávila, en el que escuchamos el eco de Jorge Manrique: "Cual río cuyas aguas amorosas / se van calladamente deslizando / las imágenes vanas de las cosas, / así de nuestras vidas van volando / van las calladas horas presurosas / de ver nuestro descuido murmurando..."

Tiempo es de que se analice esta poesía, se investigue a sus autores y se sitúe en este fin de siglo con el fin de completar el balance realizado por el llorado Alfonso Méndez Plancarte, quien tanto empeño puso en mostrar las excelencias de las letras novohispanas.

Algunas muestras de este joyel son las que en seguida presentamos:

CANCIÓN

Versión de un texto de Virgilio
 Soy lauro glorioso,
 de la virtud y triunfos ornamento,
 portero cuidadoso
 de la casa, y defensa
 que los fieros rayos siempre ahuyento.
 Llevo paz a la ofensa,
 y al fuerte que ha vencido
 descanso, gozo, premio esclarecido.
 Adora el lauro bello

Febo, y cual bello Febo coronado
ornamos el cabello,
debajo de mi rama
del juego a los dos brazos el cuidado
al ejercicio llama,
que admira las señales
de mis heroicos hechos inmortales.
Tengo eterno verano,
estos muestran su lustre reluciente,
de do el virgiliano
asiento tiene el nombre,
que seguro estará de rayo ardiente
sin que el furor le asombre,
cuanto fuere en mi gloria
perpetuo con las hojas de victoria.

AL FINAL DEL PRIMER LIENZO APARECÍAN ESTOS VERSOS

Cual el árbol frondoso
plantado a la garganta
que corre de agua pura,
y da fruto sabroso;
y sus ramos levanta
con nueva vestidura
de sus hojas pomposas
y flores olorosas,
tal es el alma santa
de Philipo, que planta
su planta en la ribera
do siempre gozara de primavera.

VERSOS QUE COMPUSO BERNARDO DE LA VEGA, CANÓNIGO DE TUCUMÁN

Ha querido el santo zelo
de mi oficio descuidarme
con dar a entender al suelo,
que por gozarse y gozarme
goza Philipo del cielo.
Dice que el eco le advierte

que en el fin de su partida
goza del bien sin medida
siéndole medio la muerte
de gozar eterna vida.
El erario de la fe
y tesoro del gobierno,
ya tan premiado se ve
que de lo mortal se fue
a ser inmortal y eterno.
Y a mi el cuidado me queda,
cuidado en no descuidarme,
de Philipo, pues honrarme
puede, diciendo que queda
en el cielo a eternizarme.

¿Al gran rey que le han dado?
dado de la gloria palma.
¿Alma en tan supremo estado?
A do toca Dios su palma.
Felice Rey cuya vida
ida donde se transplanta,
planta para Dios, y planta
que a muerte pisa rendida.
¿Y tiene corona bella?
ella y el cetro glorioso
oso decir que es estrella.
Ella en cielo luminoso.
Vuélvome con este bien,
bien puedes, pues ya el divino
himno entona el rey con quien
en el cielo de continuo
cantará al Cordero, Amen.

SONETO

Yo viví con corona y cetro de oro
de la vida sujeto a la mudanza
llena de afán y mísera esperanza

de fugitivo bien, y eterno lloro.

Yo vivo en el supremo y santo coro,
donde de gloria a la inmortal holganza
el horror de la niebla nunca alcanza
ni robará la muerte mi tesoro.

Yo triunfé con la palma de victoria
en duro Marte con valor comprada,
que será igual de tiempo con el vuelo.

Yo triunfo ya, con mas ilustre gloria
de mas altos despojos alcanzada
seguro en la región del claro cielo.

OCTAVA

Hermoso, limpio, sacro inmenso cielo,
si tu te gozas porque en alto asiento
has dado al Rey que dio leyes al suelo,
con inmortal grandeza acogimiento,
alegrase la tierra en el consuelo
ahora de tu grave sentimiento,
pues a tu grande cumbre ya acompaña,
el honor, el valor, la luz de España.

HABLA EL REY EN ESTE SONETO

Con imperio y con gloria florecía
mas alto que otros reyes levantado,
y toda la grandeza de mi estado
con santo acuerdo y justa ley regía.

Cuando escondiendo, muerte en niebla el día
del alma, y cuerpo el nudo desatado,
de la sublime cumbre de mi grado
me pone en la pesada tierra fría.

¿De Creso y Midas que aprovecha el oro?

¿Los reinos y la sangre generosa?
¿El invicto valor? ¿La heroica diestra?

A todo lo mortal ocupa el lloro,
sola virtud ilustre es gloriosa,
y ella fue de mi eterno bien la muestra.

VERSOS DE LORENZO DE HERRERA, HIJO DEL DOCTOR HERRERA

De do las puertas de oro
abre la mensajera del sol claro,
hasta do engendra el sueño perezoso
la noche, asombre el golpe del avaro
hado, y mi grave lloro
dilate el Ponto hondoso
el curso presuroso,
y a la doliente voz de mi lamento
resuenen los peñascos con gemido,
el caso sucedido,
jamás falte el cuidado al sentimiento,
pues veo, triste España, aquí encerrado
mi defensor amado.

SONETO

Venció la muerte, pero el firme intento
del espíritu vuestro soberano
venció, haciendo el paso arduo llano
para los gustos del eterno asiento.

Que solo pudo en este vencimiento
del hado riguroso la impía mano
poner el cuerpo con furor insano
en el callado y triste movimiento.

Mas negaron al crudo los despojos
el valor y la fe que defendiendo
en vida, en muerte habéis también guardado.
Dichoso vos, que ya con nuevos ojos

entre lumbres del cielo reluciendo
el bien miráis de gloria coronado.

SONETO QUE EXPLICA LA BUENA SUERTE DE SU MAJESTAD,
EN QUE HABLA DE SU TRASLACIÓN DICHOSA

Dichoso Rey, que vivo ya sin vida
y reino, sin temor de ver la muerte
porque pasado el trago de la muerte
pase pisando el cielo a mejor vida.

Que desligar el alma desta vida,
es deshacer el nudo de la muerte
porque vivir sin Dios es mas que muerte,
y la muerte por Dios es mas que vida.

¡Oh, cuan sabrosa y leve fuiste, muerte,
llegando a tiempo y punto que mi vida
estaba sepultada ya en mi muerte!
[...]

CANCIÓN

Suene mi triste canto
del mísero suspiro en compañía
de donde nace el velador lucero,
hasta do el sol su resplandor envía:
y con no usado llanto,
mas espantoso y fiero,
sustentando en ligero
vuelo rompa los montes levantados,
abra las peñas, turbe el mar hinchado,
del orbe dilatado
derribe fuertes muros bien trabados,
pues yo la Nueva España, he ya perdido
mi Rey esclarecido.
Quien muere levantado en generoso
vuelo a la luz del consagrado asiento
las alas del heroico pensamiento

haciéndose inmortal y glorioso:
 Deja el mísero bien y afán penoso
 de las sombras del frágil fundamento
 y alcanza en el celeste ayuntamiento
 los eternos contentos del reposo.
 Salve, Philipo sacro, que muriendo
 la niebla habéis dejado, el claro día
 gozando en la alta cumbre colocado.
 A do con bello resplandor luciendo;
 miráis lleno de gloria la alegría
 del Santo de los Santos venerado.

AL PIE SEGUÍA ESTA CANCIÓN
 En el supremo inaccesible bando
 de la inmortalidad de inmensa gloria,
 con ilustres despojos adornado,
 y trofeos eternos de victoria,
 no el tiempo usurpador amenazando
 a mi grandeza, ni el furor airado
 del hondo mar turbado,
 ni el ímpetu de horror fiero temiendo
 del enemigo estruendo,
 mas en dichosa suerte de holganza
 sin temor de mudanza
 libre del tiempo, golfo y de enemigo
 teniendo el bien conmigo,
 seguro, alegre, y siempre venturoso
 moro, vivo, descanso en el reposo.

LUEGO DE LOS SIGNOS DEL SENTIMIENTO, VENÍAN ESTOS VERSOS

Una extraña novedad
 veo, que me maravilla,
 que quiero tener mancilla
 del fin de Su Majestad
 y no puedo en mi sentilla.
 Y cuando quiero llorar
 lo que manda el sentimiento,

los ojos siento enjugar,
y contra mi propio intento
por gemir doy en callar.
Y como soy producido
del sentimiento gran miedo
que he de ser reprendido
porque a llorar soy venido
pero llorar ya no puedo.
Y mirando si yo soy
el llanto, quedo sin tino
porque si a llorar atino,
vuelvo contra lo que voy
sin proseguir mi destino.
Al fin mirándome bien
soy ya otro del que he sido
porque el dolor ha huido
y ha llegado el sumo bien
que me ha en gozo convertido.
Trocó Philipo su estado
y trocóme a mi la suerte
el dejó mortal cuidado
yo ser ministro de muerte
y por esto no he llorado.

SONETO EN CORRESPONDENCIA CON EL ANTERIOR

Soy de Philipo el raro entendimiento,
nacé, cuando nació; crecí creciendo
la edad; cuando rigió, regí trayendo
gloria a la paz, honor al vencimiento.

En el extremo trance en que el aliento
del cuerpo estaba muerte despidiendo,
acompañé al espíritu y subiendo
volé con él al puesto del contento.

Por mi igualó los astros con la fama
de altivos hechos y de nombre ilustre,

haciéndose inmortal en todo el suelo;

Por mi de amor divino en viva llama
encendido con mas eterno lustre
estrellas pisa en la región del cielo.

DE RODRIGO DÁVILA, OCTAVAS
El tiempo soy, soy fábula y engaño,
en nada tengo perfección cumplida,
corro las vidas con furor extraño
hasta donde la muerte está escondida;
cortando a todos de vestir de un paño,
sin hacer diferencia en la medida
al rey, al pobre, al rico, flaco y fuerte
igualo con las puertas de la muerte.

Cual río cuyas aguas amorosas
se van calladamente deslizando
las imágenes vanas de las cosas,
así de nuestras vidas van volando,
de ver vuestro descuido murmurando,
cuan mal debía de entender el tiempo
quien juegos inventó de pasatiempo.
[...]

A detener mi curso acelerado
me inventas tu algún nuevo encantamiento,
que de pasar yo tengo tal cuidado,
que no perdonaré sólo un momento;
locura es de este siglo desdichado
ponerme espuelas y aguijón sin tiento,
pues con mi furia llego sin reparo,
y me llevo de encuentro lo mas caro.

Todo se acaba y vuela como el viento,
de mi todas las vidas van colgadas
y las figuras de su fundamento

no son venidas, cuando son pasadas:
es todo un sucesivo movimiento
de aquellas nueve ruedas estrelladas,
haz tu que no se muevan como suelen,
tendrete yo las horas, que no vuelen.

El que quisiere verme retratado
lo que será su vida y lo que ha sido,
mire en la mano lo que le ha quedado
de las horas y edades que ha vivido;
verá que lo pasado es ya pasado,
y lo que es por venir, aún no ha venido,
y si algún gusto goza en lo presente,
temiendo el venidero no lo siente.

Aquella edad de vida ya madura
de setenta y más años que ha vivido
el gran Philipo, rey si con cordura
se mira, habrase visto fue un ruido
de un trueno, que entre nubes poco dura;
pues si se acaba así lo mas lucido,
añude cada cual con diestra mano
el inmortal estambre al hilo humano. ♣